

testado fríamente. Entonces había comprendido que nada tenía que esperar. De París se había dirigido á Roma, con objeto de obtener del papa el concordato que debía reconciliar á Maximiliano con el clero de México; y ahí, en el Vaticano, había perdido la razón y abismádose en la incurable demencia en que debía desde entonces vegetar.

Sin esperar siquiera las resoluciones que tomara Maximiliano bajo la impresión del fracaso de su mujer, Napoleón III, al recibir la noticia de la pérdida de Tampico, envió la orden de suspender los embarques parciales del ejército, que habían comenzado, decidiendo que el regreso se efectuara en junto en la primavera de 1867. La evacuación escalonada propuesta por Bazaine habría sido practicable si se hubiese podido dejar un fuerte ejército nacional en el país, pacificado; pero en las condiciones en que estaba México, evacuarlo de ese modo habría sido una temeridad desastrosa. Un regimiento, que se había ya embarcado, regresó á tierra, cesó todo embarque parcial y Bazaine recibió orden de permanecer en México hasta que viera partir al último soldado. Fuéle notificada, además, la severa censura, inserta en el *Monitor Oficial* del 14 de septiembre de 1866, á que había dado margen la entrada en el ministerio mexicano de Osmont y de Friant y la orden que se les había dado de renunciar inmediatamente sus carteras. Era ésa una gran pérdida para el gobierno mexicano, al que habían ya prestado notables servicios aquellos dos oficiales inteligentes y activos.

VII

Los americanos, que habían considerado como perjudicial para sus buenas relaciones con Francia la presencia de los dos oficiales franceses en el gabinete mexicano, vieron con disgusto que se retardara hasta la primavera de 1867 la evacuación que debía comenzar en octubre de 1866. Su ministro Bigelow no se contentó con interrogar á Moustier (1), sino que se dirigió al mis-

1 En octubre de 1866, el marqués de Moustier se había hecho cargo de la cartera de Relaciones Extranjeras, que había sido renunciada en agosto por Drouyn de Lhuys, quien había sido reemplazado interinamente por La Valette.—NOTA DEL TRADUCTOR.

mo Napoleón. Este le aseguró que no había en modo alguno renunciado á retirar sus tropas, que sus últimas disposiciones habían sido dictadas por consideraciones exclusivamente militares, y que si acaso se había omitido comunicar todo eso al presidente de los Estados Unidos, había sido porque tal resolución la había tomado Napoleón estando ausente su ministro de Relaciones Extranjeras, pero que la nota dirigida á Bazaine estaba redactada con toda claridad, para que su contenido fuera conocido desde luego en Washington; y añadió que había aconsejado á Maximiliano que abdicara y que acababa de enviar á México á su ayuda de campo el Gral. Castelnau para que le convenciese de que era necesaria tal abdicación (2).

Bigelow ya no dudó de que el emperador obrara de buena fe, ni de que su consejo diera por resultado inmediato la abdicación, porque «semejante consejo, decía, dada la situación subalterna de Maximiliano, equivale á una orden» (8 de noviembre de 1866). Con la misma convicción, el presidente Johnson acreditó á Campbell y á Sherman cerca de Juárez, ordenándoles que se dirigieran á Chihuahua ó á la ciudad en que residiera. Inviéstóseles de plenos poderes para interponer sus buenos oficios y conferenciar con los partidos ó sus agentes, prohibiéndoles sólo que estipularan algo con los comandantes franceses, ni con Maximiliano, ni con quien quiera que contrarrestara á la administración del presidente de México. Por lo demás, los ojos de los americanos no estaban vueltos solamente del lado de Francia. Habiéndose sabido en Washington que un cuerpo de voluntarios se organizaba en Trieste para ir á México, notificaron al gobierno austriaco que si ese cuerpo no era licenciado, llamarían á su embajador. Y los voluntarios fueron licenciados.

2 Entre los documentos sometidos al Congreso americano se incluyó una nota del 23 de noviembre de 1866 muy dura é inaceptable para nuestra dignidad. Moustier escribió á Bertemy con fecha 27 de diciembre de 1866: «Esa nota no había sido enviada para que nos fuese comunicada y no lo fué; por eso no tuvimos ocasión de refutar sus argumentos poco equitativos en el fondo y poco comedidos en la forma, lo cual nos habría sido muy fácil» —NOTA DEL AUTOR.

VIII

Maximiliano contestó con altivez la carta en que Napoleón III le comunicaba sus negativas á las súplicas de la emperatriz Carlota: «Cumplo con un grato deber expresando á V. M., así como á la emperatriz, mi profunda gratitud por la amabilidad con que habéis tenido á bien recibir á mi esposa. En una carta que acaba de escribirme, ella me participa cuánto la ha conmovido la simpática acogida que recibió de VV. MM. En lo que toca á la parte política de vuestra carta, mi conciencia no me permite aún contestar de una manera decisiva. Mi posición me impone deberes que me obligan á pensar maduramente en la línea de conducta que debo seguir y de la cual depende el bienestar de todos aquéllos que me son adictos. Cualquiera que sea la suerte que me reserve el porvenir, V. M. podrá siempre contar con mis más vivas simpatías y mi inalterable adhesión» (8 de octubre).

Por el mismo correo, Bazaine, haciendo suyas como siempre las ideas de su soberano, le escribía: «En mis relaciones con el emperador Maximiliano, he hecho lo posible por iluminarle haciéndole, con toda lealtad, ver que el país se separa del imperio incesantemente. El no lo cree, porque las personas que le rodean le adulan asegurándole que cuenta con el amor de la raza indígena. Pero ahora que los hechos hablan con una brutalidad que huele á revolución social, ya no quedan esperanzas de consolidar el imperio mexicano, porque ni el emperador ni su corte, numerosa por cierto, tienen ni la energía ni otras cualidades necesarias» (8 de octubre).

La noticia de la locura de la emperatriz Carlota llegó poco después de enviadas á su destino esas cartas. Contestando á las manifestaciones de condolencia que le dirigió Bazaine, Maximiliano le escribió: «Me han conmovido hondamente las frases de consuelo que me habéis escrito y por ellas os envío la expresión de mi más profunda gratitud. La terrible desgracia que me han anunciado las últimas noticias, así como el mal estado de mi salud, minada por la fiebre intermitente, que se ha agravado naturalmente en estos días, hacen necesario, se-

gún opinan mis médicos, que me traslade á un clima más sano. Confío, con la mayor confianza, en que vuestro tacto sabrá mantener el orden y la seguridad en la capital y en los demás puntos que están ocupados por las tropas que están bajo vuestro mando. En estas dolorosas y difíciles circunstancias, cuento más que nunca con la lealtad y la amistad de que me habéis dado constantes pruebas. Vuestro muy afectuoso.....» (20 de octubre).

Maximiliano partió, en efecto, para Orizaba. Muchas circunstancias indicaban que ese viaje era el preludio de la abdicación: todos los objetos precisos del palacio imperial habían sido expedidos hacia Veracruz, en donde la fragata *Dandolo* estaba lista para hacerse á la mar. Tanto lo llegaron á creer los ministros conservadores, que, alarmados, dijeron que darían su dimisión colectiva si el soberano salía de México. Bazaine les intimó que permanecieran en sus puestos, amenazándoles con medidas coercitivas si no obedecían, y ellos, asustados, se quedaron. Entonces, Bazaine envió un recado á Maximiliano, que esperaba en Chapultepec, diciéndole. «Podéis partir: me encargo de conservar el orden». Siendo la abdicación de Maximiliano el fin que se perseguía, el mariscal habría procedido mejor no reteniendo á los ministros, interesados en impedir aquella abdicación.

El 21 de octubre, á las dos de la mañana, Maximiliano tomó el camino de Orizaba sin pasar por México y rodeando. Iba acompañado del Padre Fischer, del coronel Kodolisch y de su médico el Dr. Bash. Al atardecer, escribió á Bazaine de la hacienda de Zoquiapa: «Me propongo depositar mañana en vuestras manos los documentos necesarios para dar fin á la situación violenta en que me encuentro y en que se encuentra también todo el país. Entre otras muchas cosas, me preocupan tres, y quiero descargarme de la responsabilidad que me corresponde. Deseo, 1º, que las cortes marciales cesen de tener intervención en los delitos políticos; 2º, que la ley de 3 de octubre sea de hecho revocada; 3º, que ya no haya persecución ninguna por causas políticas y que cesen toda clase de hostilidades. Quiero, en consecuencia, que llaméis á los ministros para convenir con ellos en las medidas necesarias para realizar esos tres puntos, sin que tenga el público conocimiento de las intenciones que os

he manifestado al principio. No dudo que añadiréis esta nueva prueba de verdadera amistad á todas las que me habéis dado, por lo cual os envío la expresión de mi gratitud, al mismo tiempo que la de mi estimación y amistad. Vuestro muy afectuoso.....» (21 de octubre).

A poca distancia de la hacienda, en Ayotla, el emperador se cruzó con el personaje que iba á desenlazar aquellas complicaciones: el Gral. Castelnau. Había llegado á Veracruz, procedente de París, el 12 de octubre y se dirigía á México. Supo por el coronel Kodolisch que en una de las piezas de la detestable hostería en que descansaba, se albergaba Maximiliano, pero se le dijo que su médico había ordenado que no se turbase su reposo y guardaba su puerta. Castelnau se limitó á hacer que fueran presentados á S. M. sus respetos y le envió la manifestación de la pena que le causaba su enfermedad; y poco después, desde una ventana de la hostería, vió que Maximiliano, con ligereza y agilidad, subía á su carruaje y seguía su camino.

Los procedimientos de este príncipe en la crisis que comenzaba entonces, fueron extraños, incoherentes. No supo ya tomar ninguna resolución viril después de maduras reflexiones ni perseverar en ninguna de las que tomaba. Agitada, vacilante, inconsistente, contradictoria, su conducta fluctuaba entre la sinceridad y el disimulo, mostrándose ora caballeroso, ora castrón, causando á veces lástima, á veces impaciencia, y acabando por no saber él mismo lo que quería. Todo eso no sólo se explicaba por el desequilibrio de su inteligencia, por el enervamiento de su voluntad y por su falta de clarividencia, sino también por el estado de su salud, seriamente alterada desde hacía tiempo. La fiebre intermitente y la disentería le minaban en efecto; no salía de su postración sino durante ciertos accesos de exaltación febril, provocados ó agravados por su costumbre de beber constantemente, á pequeños sorbos, vino del Rin. El abandono de su protector, la demencia de su esposa, el desastre de su hacienda, el aniquilamiento de su ejército, las perspectivas tenebrosas que descubría por todas partes, habían al fin arrancado de su espíritu toda energía, y así era como se dirigía á Orizaba.

IX.

El general de brigada Castelnau, ayuda de campo del emperador, llegaba de París provisto de los más amplios poderes, para obrar con la misma autoridad con que habría obrado Napoleón en persona. Había sido acreditado cerca del mariscal por medio de la siguiente carta: «Me ha parecido útil enviaros á un oficial general de mi propia casa, y que tiene toda mi confianza, con la misión de haceros conocer mis intenciones: ese oficial es el Gral. Castelnau, á quien he dado á conocer, de la manera más extensa, mis ideas acerca de la línea de conducta política y militar que deberá ser seguida en México, tanto por vos como por las autoridades francesas civiles y diplomáticas. Los poderes de que he creído necesario investirle, le dan derecho para conocer en mi nombre de todas las medidas que se tomen y para intervenir en las deliberaciones que precedan á esas medidas. Me ha parecido indispensable hacer que esté presente en todo, como quisiera estarlo yo mismo, porque *para ingerirse en los grandes negocios, nada hay peor que conocerlos imperfectamente.*» Si esa carta no hubiera dicho más, no habría dejado duda de que su significación era ésta: «Me inspiráis poca confianza; me repugna llamaros; daos cuenta de mis deseos y regresad espontáneamente á Francia.» Eso habría equivalido á aplicar al mariscal el mismo procedimiento que se aplicaba á Maximiliano; pero el emperador añadía: «Por lo demás, la intervención del general no tiene por objeto paralizar vuestra libertad de acción, ni destruir ni amenguar vuestra responsabilidad para conmigo; ésta sigue siendo tan completa como lo es mi confianza en vuestro tacto político y en vuestra alta capacidad militar.»

Así, el mariscal estaba obligado á obedecer al general, y sin embargo, seguiría considerándosele como libre y responsable! Esta carta contradictoria indica las perplejidades de Napoleón, de las cuales no sabía librarse por medio de una decisión enérgica. Por cada correo le llegaban de las diferentes porciones del ejército, quejas contra Bazaine. El Gral. Félix Douay, cuya capacidad, y cuya rectitud estimaba en mucho, no escatimaba las in-

ventivas. Napoleón III seguía persuadido de que el mariscal le había prestado servicios y de que sería cosa grave separarle del mando de un ejército cuya retirada estaba preparando; pero creía prudente sujetarle á observación. Por eso tomaba esta medida indecisa: no le llamaba, como él había solicitado, y le ponía bajo la férula de un general de brigada de toda su confianza.

Si el mariscal hubiese tenido la rigidez y la alteza de un Mac Mahon y si Castelnau hubiese sido presuntuoso, la situación creada por esa carta no habría durado cinco minutos. Pero el mariscal era dócil, sabía acomodarse á las exigencias de la disciplina, como buen soldado, y el general, dotado de tanto tacto como inteligencia, benevolencia y penetración, no era hombre capaz de abusar de sus ventajas. Bazaine le recibió con una cordialidad algo forzada; pero, tranquilizado por sus explicaciones, se manifestó más franco con él y hasta le ofreció un departamento en su palacio y un lugar en su mesa. Pero el general prefirió vivir independiente.

Castelnau procuró desde luego averiguar la situación física y moral del ejército. «Desde hace tres años, escribió al emperador, estas tropas han recorrido México, yendo de las tierras calientes á las frías, del golfo de las Antillas al Pacífico, sometidas á todos los azares de la guerra. Si su disciplina estuviese menos relajada, no cabe duda de que sería éste el mejor de los cuerpos de ejército; pero es visible que estas tropas anhelan descansar. No hay un solo soldado que ignore que los esfuerzos del ejército han sido infructuosos, y ante este triste resultado, todos se sienten fatigados y se quejan. Su fracaso les humilla y acusan de él á sus jefes. Los oficiales están aún más desanimados que los soldados, y el deseo de poner fin á esta larga y penosa campaña es más vehemente en el cuerpo expedicionario que en el espíritu de V. M. Debo, no obstante, decir que en los momentos difíciles, el sentimiento del honor y el del deber se imponen á nuestros soldados sobre cualquiera otra consideración.

«El regimiento extranjero está muy lejos de valer lo que la antigua legión; es, sobre todo, muy inferior á los regimientos franceses. Una parte considerable de los hombres que lo componen se han alistado con el único objeto de pasar gratuitamente de Europa á América, y luego que la ocasión se les presente desertan en masa. En Matamoros y en las regiones del río Bravo, ha llegado á haber en un solo día ochenta desercio-

nes, y los casos de deserción aislados son incesantes, no sólo durante las marchas, sino en las guarniciones y hasta en la capital. Por eso en cada guerrilla enemiga hay desertores del regimiento extranjero. Por otra parte, los oficiales franceses se niegan casi todos á servir en México después de que el ejército francés se haya llevado su bandera. Estoy persuadido de que si este cuerpo de ejército quedara aislado, perdiendo sus oficiales y dejándosele en México, muy pronto, en este medio malo, se volvería tan malo como las mismas tropas mexicanas. Los austriacos y los belgas disminuyen día por día, y están condenados á desaparecer por completo aunque el emperador se rehusase á abdicar, puesto que ya no es posible esperar que un nuevo reclutamiento llene los huecos que van quedando en esas tropas auxiliares. Además, no tienen cohesión ni disciplina, están mal administradas y peor mandadas, adolecen de todos los vicios propios de los mercenarios extranjeros, y, cordialmente detestadas por los mexicanos, sin distinción de partido, lo son especialmente por los disidentes, que las han derrotado en casi todos los encuentros. Ahora están reducidas, poco más ó menos, á seis mil austriacos y ochocientos belgas.

«Cuanto al ejército mexicano llamado regular, está en un estado tal de desorden y de disolución, tan miserablemente compuesto, tanto en lo que ve á los soldados como en lo que ve á los oficiales, que no es posible tener en él confianza alguna. Diariamente y por todas partes hay en sus filas nuevas defecaciones, pronunciamientos nuevos. Es raro que esas tropas se sostengan frente al enemigo, y muy frecuente que se pasen á él durante la acción. Cuando están en marcha, sus columnas se deshacen en cada etapa, á tal grado que, después de algunos días de caminar, apenas llega un puñado de hombres á su destino. La mayor parte de los oficiales han sido improvisados, lo mismo que en las numerosas revoluciones del país, y, sin instrucción, sin experiencia, sin moralidad y sin honor, son, por todos conceptos, dignos jefes de sus soldados. Debo añadir que el ejército mexicano recibe sus pagas irregularmente y que su mala administración abre la puerta á todos los abusos, á todas las malversaciones y á los derroches más ruinosos. Entre las tropas imperiales, las únicas algo sólidas son las bandas ó contra guerrillas sostenidas con subvenciones del gobierno, por diversos jefes, poderosos, enérgicos y osados, á quienes el interés, la simpatía por la causa monárquica ó el sentimiento re-

ligioso, han hecho formar parte del ejército conservador. Pero esas bandas, poco numerosas, mal equipadas y mal armadas, están diseminadas aquí y allá, en toda la superficie del país, y su influencia sólo se hace sentir en un pequeño radio de acción. Son, por otra parte, muy independientes y se niegan á entrar en combinación con el ejército regular. En vano el mariscal se esforzaba últimamente, quizá demasiado tarde, por reconstituir este ejército incorporándole oficiales y hombres de las tropas francesas, austriacas y belgas. La fusión de estos elementos diversos para formar los batallones de cazadores, de reciente creación, ha dado resultados deplorables» (1).

A Castelnau parecióle que la evacuación, punto esencial de su tarea, se preparaba bien. «Se opera, dijo, tan rápidamente como es posible» (2). No tenía, pues, á ese respecto, nada que objetar, nada que prescribir, y no le restaba más que ocuparse en la parte política de su misión. Dos cosas le parecieron desde luego evidentes: 1ª, que la causa de Maximiliano estaba condenada, perdida, y que su abdicación era tan urgente como nuestra retirada, quizá más; 2ª, que, caído Maximiliano, luego que fuera indudable que nos retiraríamos, Juárez quedaría como único dueño de la situación. «No es probable que Juárez, que desde hace unos años lucha contra nosotros, sin haber desesperado jamás, y que está en vísperas de obtener un éxito favorable, renuncie á los beneficios de su laborioso triunfo, ni que consienta en aceptar condiciones de un enemigo á quien ya no teme» (3).

Por lo demás, esa era la opinión universal. El coronel Bressonnet, cuyas cartas son lo más notable que se ha escrito acerca de la expedición de México, había ya dicho: «Veo la opinión general pronunciarse día por día en favor de Juárez; es cosa indudable para mí, que, después de nuestra partida, él volverá á ser el jefe de este país. Debemos procurar que Juárez, juez en última instancia, se interese por nuestros nacionales y por los mexicanos que se han adherido al imperio: tratar con cualquiera de sus adversarios políticos ó hasta con uno de los suyos que no estuviera debidamente autorizado por él, sería exponernos á

1. Informe del 28 de octubre de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

2. *Ibidem*.—NOTA DEL AUTOR.

3. *Ibidem*.—NOTA DEL AUTOR.

una catástrofe inminente. Bien sé que el gobierno francés no puede ponerse en relación con Juárez; sin embargo, como es notorio que es el único que puede darnos las garantías que tenemos que reclamar, será preciso recurrir á él. Sólo que, en vez de hacerlo directamente, habrá que buscar algún sesgo. Juárez no es lo que se cree en Francia, en donde se le difama; como mexicano, tiene todos los defectos de su raza, pero pocos de sus compatriotas tienen sus cualidades: es desinteresado, está siempre pronto á hacerse á un lado si lo exige el interés de su país, y nada tiene de sanguinario. Ha proclamado ya, exceptuando sólo á algunos mexicanos demasiado comprometidos, una amnistía general en las provincias sometidas hoy á su poder. Procura restablecer el orden y que vuelva á reinar la confianza. Es cierto que sus instrucciones no son obedecidas; pero no puede hacersele responsable del estado de anarquía en que se encuentra México: cualquier otro obtendría menos de los numerosos jefes á quienes sólo guía el interés personal» (1).

Castelnau, que sin duda habló con el coronel Bressonnet, adoptó estas ideas y hasta escogió al hombre que representaría, aunque no ostensible ni oficialmente, á Juárez: Lerdo de Tejada. «Dotado de una gran inteligencia, de un buen carácter, de una energía que no excluye ni las costumbres suaves ni el espíritu conciliador, decía el general, Lerdo me parece ser el hombre que ofrece mayores garantías y el que debe ser aceptado por Juárez más fácilmente. Se me pinta á Juárez como una especie de antiguo romano, animado del más firme y ardiente patriotismo y siempre dispuesto á hacer á su país el sacrificio de su ambición personal. Si este retrato es fiel, será menos difícil de lo que temo lograr que Juárez permanezca en la inactividad y en la sombra en el momento en que abdique Maximiliano» (2). El general contaba también con la intervención ó con los buenos oficios de los Estados Unidos.

Así, la expedición que había tenido por objeto desembarazar á México de aquél Juárez cuyo nombre no podía sin horror pronunciar Rouher, no encontraba, para terminar honrosamente, otro medio que tratar con Juárez ó con uno de sus amigos! Y para obtener esta humillante salvaguardia, se contaba

1. Informe del 28 de octubre de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

2. Informe del 28 de octubre de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

con el concurso de los Estados Unidos, á cuya ambiciosa expansión se había ido á poner coto!

En París, esta capitulación no pudo ser aceptada. Se excitó á Castelnau para que se dirigiera á uno de los adversarios de Juárez, á González Ortega, en cuyo favor se creía tener el apoyo de los Estados Unidos. Pero Castelnau supo que González Ortega estaba desacreditado por su incapacidad política y su inmoralidad personal. Era, según parece, «un libertino de baja ralea, que estaba encenegado en los vicios y carecía de todas las cualidades necesarias para desempeñar el papel que se le reservaba, y para el cual no contaría jamás con el apoyo de los Estados Unidos». Estos, precisamente, como él hiciera en esos momentos preparativos militares para contrarrestar la administración de Juárez, le habían hecho aprehender y encarcelar.

No pudiendo, pues, tratarse sino con Juárez ó con uno de sus amigos, la atención de nuestros plenipotenciarios se fijó un instante en Porfirio Díaz, cuya personalidad comenzaba á elevarse por encima de todos sus compañeros de armas. Porfirio Díaz no pensaba de otra manera que los demás auxiliares de Juárez. Fortalecidos por sus éxitos, no teniendo interés alguno en contemporizar con un enemigo de quien ya no temían nada, todos se habrían negado á entrar en un arreglo poco digno, que pareciese una retractación de la conducta que habían observado hasta entonces. Se habría, sin duda, logrado que Juárez, con ó sin intervención de los Estados Unidos, concediese garantías en favor de nuestros nacionales y de los imperialistas, pero jamás el reconocimiento de los créditos cuyo cobro había costado al país tanta sangre y devastación.

Por fortuna, Maximiliano, al rehusarse á abdicar, libró al gobierno francés de la humillación de entregarse á merced del *exbandido* Juárez.

X

El emperador había continuado, á cortas jornadas, su viaje hacia Orizaba, prefiriendo, para alojarse, las casas de los curas. Mientras almorzaba en Acultzingo, le fueron robadas las ocho

mulas blancas de su carruaje, y este incidente le demostró hasta qué punto se había logrado *la pacificación*. En Orizaba, el partido clerical había organizado una ovación en su honor, y para que tuviese un carácter exclusivamente nacional, dejó detrás su escolta francesa, sin la cual, empero, no habría podido dar un paso entre sus leales súbditos. Pasó algunos días en la ciudad y ahí recibió las más tristes noticias.

Un batallón de cazadores, compuesto de sesenta franceses y doscientos cincuenta mexicanos, había salido de la ciudad de Oaxaca en persecución de una tropa enemiga que se decía se encontraba á corta distancia. Trabada la acción, los imperialistas mexicanos, al primer tiro, se habían vuelto contra los franceses y, matándolos casi á todos, pasado al enemigo. Entonces había sido enviada para socorrerles una columna austriaca de mil doscientos hombres; pero, sabedor Porfirio Díaz de este movimiento, había reunido á sus tropas diseminadas, avanzado á marchas forzadas para adelantarse á la columna de auxilio, derrotado á los austriacos, quitádoles su artillería y vuelto sobre Oaxaca. La plaza, reducida al último extremo, había capitulado el 20 de octubre. Díaz había hecho fusilar á los mexicanos, ordenado que se tratara bien á los franceses y enviado á Bazaine el sable del comandante Testard, muerto en la batalla de la Carbonera. Después de éstas, recibió Maximiliano del mariscal la noticia de que agentes franceses ocuparían, á partir del 1° de noviembre, la aduana de Veracruz (25 de octubre).

Tales acontecimientos no eran á propósito para disuadirle de su idea de abdicar. Se retiró á la hacienda de Jalapilla, cercana á Orizaba, para tomar una resolución con toda madurez. Como era bueno, comenzó por interrogar á nuestros agentes acerca de las medidas que habría que tomar contra la anarquía y el desorden que ocasionaría su partida. Diéronsele las más formales seguridades: todas las plazas y todo el material de guerra serían entregados á las autoridades mexicanas, á quienes se prevendría oportunamente; las tropas francesas seguirían protegiendo á los funcionarios y á las poblaciones adictas, en las zonas ocupadas por aquéllas, pero sin emprender nuevas expediciones. Maximiliano exigió que se asegurase la suerte de los auxiliares austriacos y que se le pusiese en situación de cum-

plir los compromisos que pesaban sobre su caja particular, especialmente el contraído con la familia Bazaine (1).

Los plenipotenciarios franceses le concedieron casi todo cuanto pedía (16 de noviembre), con excepción de lo referente á Bazaine, cuyo nombre no se pronunció, prometiendo sólo que, en caso de que no bastaran los fondos del gobierno imperial, se trataría de que lo que faltara fuese pagado por el *nuevo gobierno de México*. Eso equivalía á vender la piel de un oso no matado aún: á Maximiliano parecióle mal que así se abriese su sucesión antes de su muerte política.

Entretanto el padre Fischer se esforzaba por disuadir al príncipe de su proyecto de abdicación. Prometíale el apoyo del partido clerical, todavía todopoderoso, que le suministraría hombres y dinero, asegurándole que la presencia de los franceses era el único obstáculo para que los mexicanos le manifestaran su adhesión, pero que se la prodigarían luego que, terminada la intervención, apareciese como un soberano nacional. El cónsul inglés, Scarlett, que pasaba por ahí dirigiéndose á Veracruz, secundó estos consejos; Miramón y Márquez, recién llegados, añadieron el ofrecimiento de su espada. Por último, le llegó una carta, fechada en Bruselas y que el público había leído en los periódicos americanos antes que la leyera el príncipe [2], y en la cual Eloin le instaba para que no cediese á las indicaciones francesas: «Tengo la convicción de que el abandonar la partida antes del regreso del ejército francés, será considerado como un acto de debilidad; y teniendo el emperador su poder por el voto popular, el pueblo mexicano, libre de la presión de una intervención extranjera, es á quien debe apelar nuevamente y á quien debe pedirle el apoyo material y los recursos indispensables para subsistir y progresar. Si este llamamiento no es escuchado, entonces V. M., habiendo cumplido hasta el fin su noble misión, regresará á Europa con

1. Según Gaulot, ese compromiso consistía en la promesa de comprar á la mariscal el palacio de Buena Vista en medio millón de francos. Después de la evacuación, Juárez se apoderó de ese palacio y lo puso en venta.—NOTA DEL AUTOR.

2. Eloin había dirigido su carta, bajo doble sobre, al Cónsul de México en Nueva York, olvidando que ahí había dos cónsules: el de Maximiliano y el de Juárez, y que éste era el único reconocido oficialmente. Fué á éste entregada la carta, y abierta, leída y comunicada á la prensa antes de ser enviada á su destino.—NOTA DEL AUTOR.

todo el prestigio que á su partida le rodeaba, y, en medio de los acontecimientos importantes que no tardarán en surgir, podrá desempeñar el papel que por todos conceptos le corresponde..... Al atravesar el Austria, he tenido ocasión de convencerme del descontento general que ahí reina. Nada se ha hecho aún; el emperador está desanimado, el pueblo se impacienta y pide públicamente su abdicación. Las simpatías hacia V. M. se propagan ostensiblemente por todo el territorio del imperio; en Venecia hay un partido que quiere aclamar á su antiguo gobernador» (1).

Ni el P. Fischer, ni Miramón, ni Márquez, ni la carta de Eloin, lograron disuadir, sin embargo, á Maximiliano de su idea de abdicar y regresar á Europa. El capitán Pierron, su secretario, telegrafiaba con fecha 19 de noviembre: «Acabo de tener una larga conferencia con el emperador. S. M. no volverá á México; va á abandonar el país». Miramón también lo atestiguaba. Con fecha 12 del mismo mes decía: «Hablé hoy con el emperador y le encontré decidido á abandonarnos». El equipaje de Maximiliano había sido enviado á Veracruz en donde lo esperaba el *Dandolo*. Sólo faltaba celebrar el último arreglo: la organización de un gobierno estable que protegiera á los imperialistas. Maximiliano invitó á Bazaine para que fuese á Orizaba, porque creía que con pocas palabras todo quedaría arreglado satisfactoriamente, y al mismo tiempo convocó al presidente de su Consejo de Ministros y al Consejo de Estado, para dictar las últimas disposiciones.

Todo parecía, pues, terminarse según los deseos de Napoleón III: Maximiliano iba á partir. Pero de un día á otro se operó un cambio completo: no partirá, se dijo; no dejará á esos franceses, que quieren deshonorarle después de haberle traído, el cuidado de organizar un gobierno que reemplace el suyo; se pondrá en relación directa con la nación mexicana, la interrogará; si ella desea que permanezca, permanecerá, y si prefiere volver al sistema republicano, tratará con Juárez, sin preocuparse con los intereses ni con los créditos de Francia. En consecuencia, en vez de seguir su camino hacia Veracruz y de enviar á Castelnau noticia de su embarque, iba á esperar en Ori-

1. 17 de septiembre de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

zaba á Bazaine y á sus consejeros, para darles nuevas instrucciones (1).

El fracaso de Castelnau fué completo. Lo ha atribuido, por despecho, á maniobras del mariscal. Pero se ha engañado. Cualesquiera que hayan sido aquéllas, no podían tener tanta influencia, como no la habían tenido las instancias del partido conservador, las intrigas del Padre Fischer y de Miramón, las excitativas de Eloin. Ese cambio fué debido á una carta de la madre de Maximiliano, la archiduquesa Sofía, que le había llegado por el paquete americano arribado á Veracruz el 20 de noviembre

Francisco José, cuando, después de Sadowa, se dirigía de Schoenbrunn á Viena, había sido recibido con gritos de ¡Viva Maximiliano! Palabras comprometedoras, que habían repercutido en la carta de Eloin, eran atribuídas al archiduque, y tenía diez razones á falta de una para sospechar de su hermano y estar resentido contra él» (2). Su madre le comunicaba esas cosas; le decía que «se encontraría en Austria en una situación ridícula y degradante; que se le recibiría mal, ó mejor dicho, que no se le recibiría mientras se empeñase en llevar el título de emperador, mientras no volviese á su modesta posición de agnado austriaco, la cual no era, por cierto, seguro que obtuviese; que era preferible que se sepultara bajo los muros de México, antes que aparecer como una víctima de la política francesa». (3). Y hé aquí por qué Maximiliano no llegó á Veracruz, adonde sólo llegó su equipaje.

XI

Dano había dicho á Castelnau:—«Desconfiad del mariscal; temo que haga fracasar todas nuestras combinaciones. Todos

1 Carta del 18 de noviembre de 1866.—NOTA DEL AUTOR

2 BEUST, *Memorias*. Tomo I. cap. X.—NOTA DEL AUTOR.

3 Kératry es el único, entre los numerosos escritores que han tratado de la expedición de México, que ha hablado de esa importante carta de la archiduquesa Sofía. El Gral. Castelnau, mejor informado, me ha contado que cartas de Viena, que le anunciaban que su hermano le prohi-

los medios serán buenos para él, siempre que den por resultado prolongar su permanencia en México, en donde le retienen particulares intereses». Castelnau, incrédulo al principio, había llegado poco á poco á adquirir la misma convicción. «No quiso que Bazaine fuese á Orizaba, por temor de que tuviese con Maximiliano una entrevista privada y se uniese á sus consejeros para impedir su abdicación, traicionar los intereses franceses y favorecer los suyos propios» (1). Manifestó al mariscal, que había desde luego resuelto acceder á la invitación de Maximiliano, que no era conveniente que estuviese presente en una reunión de conservadores, enemigos declarados de la intervención francesa. Bazaine escuchó este consejo, escribió á Douay que retardara su llegada á México y tomó este retardo como pretexto para no reunirse con el emperador en Orizaba.

Dieciocho ministros y consejeros acudieron á la cita, y después de dos días de deliberación, decidieron, por mayoría de un voto, la continuación del imperio, «porque los recursos del país permitían que el emperador se sostuviera sin ayuda del extranjero» (26 de noviembre). Una mayoría de un voto no era de tomarse en consideración, y si Maximiliano no hubiese estado ya decidido, no habría acatado el resultado de aquella votación. Sin perder un momento y como si ella hubiese sido unánime, hizo que se anunciara en el *Diario Oficial* que permanecería en México y seguiría defendiendo el imperio. Con objeto de sustraer á Miramón de la autoridad francesa, que le había excluído del servicio de las armas, confirióle un cargo que le hacía depender directamente de su persona, y di-

bía regresar á Austria, en donde su nombre servía de bandera á un pequeño partido, fueron la causa de la resolución tomada por Maximiliano. El mismo Padre Fischer ha hecho idéntica confidencia á un diplomático mexicano distinguido, Don Gustavo Baz, que me la ha comunicado. Por último, Dano, en una recapitulación de sus informes, enviada de Nueva York á Moustier con fecha 1^o de septiembre de 1867, dice: «Acaso V. E. lo sabe ya: comunicaciones de Viena habían hecho que el emperador volviese á México, y su madre la archiduquesa Sofía le había escrito «que no podía regresar á Europa con el cuerpo expedicionario, «porque su posición sería ahí ridícula, y que era necesario que permaneciese en México aunque corriera los mayores peligros». Yo he recibido este informe del mismo barón de Lago, ministro austriaco en México.»

—NOTA DEL AUTOR.

1 Informe del 9 de diciembre de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

rigió á su pueblo un manifiesto en que daba á conocer «su intención de reunir un congreso nacional, bajo las bases más amplias y liberales, en el cual tendrían participación todos los partidos, y que determinaría si el imperio debía continuar en lo futuro». Y añadía que ese congreso, «en caso afirmativo, ayudaría á la formación de las leyes vitales para la consolidación de las instituciones públicas del país» (10 de diciembre).

Las campanas de México y Veracruz celebraron con un repique á vuelo la resolución de S. M., y al escucharlas, la fragata *Susquehannah*, á cuyo bordo la misión americana esperaba también la abdicación, se hizo á la mar y se alejó. Maximiliano regresó á México á cortas jornadas.

Los ministros, al notificar al cuerpo diplomático los resultados de la deliberación de Orizaba, ni siquiera hicieron alusión á aquel quimérico congreso, al cual no daban importancia alguna.

Castelnau no dudó de que su fracaso fuese debido á Bazaine, sobre todo cuando le fueron mostradas tres cartas: una de Monseñor Labastida, otra de Tabera, ministro de Guerra, y la tercera del coronel Kodolisch, en las que se decía que Bazaine había declarado á Lares «que deseaba el regreso de Maximiliano á su capital y que si tomaba esa resolución y empuñaba las riendas del gobierno, el ejército francés permanecería en México hasta noviembre de 1867». Se decía también en ellas que Bazaine hasta había escrito á Lares y que sus cartas, leídas por los consejeros de Orizaba, habían contribuído para que tomaran su obstinada resolución.

Parece que, en esta coyuntura, lo indicado era mostrar é Bazaine esas cartas é interpellarle acerca de su contenido, porque no debe creerse en la trápacería de un mariscal de Francia sin pedirle antes explicaciones de su conducta. Castelnau no hizo nada de eso. Envió las cartas á París y se limitó á dirigir á Bazaine recriminaciones vagas, á las cuales éste contestó con negativas que aumentaron la indignación del general. Creyó confundirle, obligándole á quitarse la careta ó á contradecirse, y le pidió que firmara una declaración absolutamente contraria al lenguaje que se le atribuía. No sólo consintió Bazaine en firmar, sin hacer observación alguna, sino que escribió de su puño: «Los infrascritos, después de haber examinado en todas sus fases la cuestión mexicana, convienen en declarar que

no ven más que una solución posible para defender los intereses que les han sido confiados: la abdicación del emperador. Los infrascritos, á pesar de la pena que ello les causa, han resuelto hacer constar solemnemente esta opinión, que darán inmediatamente á conocer al gobierno del emperador Napoleón» (8 de diciembre).

Napoleón III, sabedor por un telegrama de Castelnau del cambio de resolución de Maximiliano, contestó *ab irato* en un despacho del 13 de diciembre, que llegó á México el 18: «Haced que regrese á Europa la legión extranjera y todos los franceses, soldados ó paisanos que quieran regresar, así como las legiones austriacas y belgas, si lo desean». La convención de Miramar decía: «La legión extranjera, que estará al servicio de Francia, compuesta de ocho mil hombres, permanecerá en México cuando todas las demás fuerzas francesas hayan sido llamadas». La violábamos, pues, abiertamente. Se habían quitado al príncipe sus aduanas; ahora se le quitaban sus soldados. No nos contentábamos con abandonarle: le expoliábamos, le desarmábamos! (1).

XII

Puesto en tal situación, iba por fin el príncipe á abdicar? Castelnau y Dano, queriendo hacer un supremo esfuerzo para decidirle, solicitaron que les recibiera en Puebla, donde se había detenido. Ahí llegaron ambos el 20 de diciembre y se hicieron anunciar al emperador, alojado en la hacienda de Xonaca. El coronel Kodolisch fué á decirles que el emperador, que estaba bien ese día, recibiría inmediatamente á Castelnau, deseando ver primeramente á solas al enviado de Napoleón III. Una hora después, el general estaba en su presencia, siendo recibido por él «de la manera más amable». Maximiliano se expresó de Napoleón con frases de agradecimiento, y después ha-

1 Maximiliano habría podido retener á los franceses que se habían alistado en el ejército mexicano por determinado tiempo; pero les dejó libres, lo mismo que á los miembros de la legión extranjera que estaban en iguales condiciones.—NOTA DEL AUTOR.